

1

WORTH

Un *brunch* neoyorquino puede ser solo eso: una reunión con amigos para aliviar la resaca o leer los periódicos del domingo. Pero hoy es algo más que eso; lo sé por la forma en que Leo —uno de mis cinco mejores amigos— se toca nerviosamente el cuello de la camisa, y por cómo su prometida, Jules, cambia el peso de un pie a otro.

Para ser justos, hoy hay mucho en juego; hoy, los amigos de Leo, sus hermanos, vamos a encontrarnos con la mejor amiga de Jules por primera vez. Estoy convencido de que va a salir bien, pero la feliz pareja quiere que esté mejor que bien.

—¿Qué te parece, Worth? —pregunta Jules—. ¿Es muy obvio poner a Fisher al lado de Sophia?

Miro a Jules y a Efa, las dos únicas mujeres de la sala.

—¿Qué quieres decir con «obvio»? —pregunto, eligiendo las palabras con cuidado. No sé exactamente qué se supone que es obvio.

—Si se nota que estamos intentando liarlos —responde Efa, apoyándose en la mesa para darme un golpecito en el brazo.

—Creo que será mejor si le ponemos a Worth al otro lado —apunta Jules, respondiendo a su propia pregunta—. No creo que piense que intentamos emparejarla con los dos.

Me paso las manos por el pelo, sin saber muy bien qué pensar de lo que acaba de decir. En ese instante oigo un ruido junto a la puerta.

Me vuelvo y veo la cabeza de una mujer; tiene una larga melena rubia que, cuando se agacha, roza el suelo.

—Tengo que quitarme estos zapatos. No están pensados para andar con ellos. Intentaba ser elegante y refinada llevando tacones, pero, aunque puedes sacar a la chica de Cincinnati...

Se endereza y nos miramos. Es preciosa: tiene la nariz cubierta de pecas, y no puedo apartar la mirada de su boca: sus labios de color rosa oscuro forman un arco perfecto, y dibujo en mi mente una línea alrededor de ellos; en su larga melena rubia destacan unos mechones más claros, como si se hubiera pasado todo el verano al aire libre, y me obligo a no pensar en el escalofrío que me recorre al pensar en tenerla sobre mi piel.

Dios, quiero acercarme a ella, arrinconarla contra la pared y besarla una semana entera; creo que en mi vida había sentido un deseo tan primitivo y visceral de estar con una mujer, aunque esa clase de anhelo no es nada propio de mí; eso es lo que me hace tan bueno cuando hay una situación complicada: soy un tipo frío, alguien que piensa con lógica y no toma decisiones precipitadas, y hasta hoy jamás había sentido ese impulso repentino de poseer a una mujer.

Soy vagamente consciente del parloteo a mis espaldas mientras esa mujer y yo nos miramos como si compartiéramos los mismos pensamientos. De repente, Efa la abraza, rompe así nuestro contacto visual y me devuelve al presente.

—¡Worth! —exclama Jules—. Te presento a mi mejor amiga en el mundo entero, Sophia. —Se vuelve hacia ella—. Te voy a sentar al lado de Worth, porque, la verdad, es la mejor persona del mundo después de Leo.

—¡Eh! —exclama Efa a lo lejos—. ¿Y qué hay de Bennett?
—No me has dejado acabar la frase. ¡El que dijo que los británicos son muy educados no te conocía!

Efa y Jules se echan a reír y Sophia me mira con los ojos muy abiertos, confusa. Estoy a punto de acercarme para asegurarle que Efa y Jules están bromeando y que no tiene de qué preocuparse, pero antes de que llegue a dar un paso, es ella quien se aproxima a mí.

—Hola —saluda con una sonrisa deslumbrante, y me siento como si mirara de frente al sol; parece rodeada de luz, como si brillara. De fondo escucho a Bryan Ferry cantando sobre ser esclavo del amor..., ¿o me lo estoy imaginando? Tengo que salir de este bucle mental o empezaré a ver pajarrillos poniéndole la servilleta en el regazo y ardillas separando la silla para que se siente.

—Hola. —Normalmente le doy un abrazo a la gente que me presentan Efa o Jules, pero no puedo arriesgarme a tocar a Sophia, así que le tiendo la mano como si estuviéramos en una puñetera sala de juntas. Soy un idiota; un puto idiota.

Sorprendentemente, su sonrisa se hace más amplia, como si ofrecerle la mano fuera aún mejor que marcar el *touchdown* de la victoria en la Super Bowl. Nos miramos fijamente durante un rato, ajenos a lo que ocurre a nuestro alrededor; soy vagamente consciente de que hay más gente en la puerta y del tintineo de las copas, pero no tengo ni idea de lo que pasa fuera de nuestra burbuja y no quiero salir de ella.

Sophia desliza su mano entre las mías y un pequeño jadeo escapa de sus labios, y yo reprimo un gemido; su mano es tan suave, tan pequeña, tan... mía que no tengo palabras para describir la sensación.

Jules rompe el momento con un grito.

—Quita esa música, Leo, y pon algo más alegre. —Coge a Sophia de la mano y la aparta de mí. Sophia mira hacia atrás

por encima del hombro y yo no puedo apartar la mirada de las ondas de su pelo, ondulado y suelto, que le acarician la espalda como el agua corriendo sobre las piedras; de la forma que en los vaqueros se ciñen a su trasero perfecto... Tampoco puedo librarme de la sensación de su mano en la mía, ni siquiera en ese momento, que ya está al otro lado de la estancia.

—Bryan Ferry es la hostia —responde Leo.

Tiene razón. Bryan Ferry es genial, aunque nunca se me había ocurrido pensarlo hasta ahora.

Llegan todos menos Byron, que rara vez está en Nueva York. Ha enviado un mensaje al grupo para decir que se encuentra en Acapulco. Probablemente soy el único que sabe en realidad que eso significa que está en Colorado... Es una larga historia.

Jules nos guía a nuestros asientos, donde hay unas tarjetas con nuestros nombres. Me gusta que nuestro grupo de seis se haya ampliado para incluir a las mujeres de mis mejores amigos. Todo está cambiando, y me parece bien, y, además, me gustan mucho Efa y Jules. Pero ¿tarjetas con los nombres? ¿Qué será lo próximo? ¿Acudir al *brunch* vestidos de esmoquin?

Encuentro mi nombre junto al de Sophia. Vale, a lo mejor lo de las tarjetas no está tan mal. Fisher se sienta al otro lado de ella; en ese momento me llega la charla animada entre Efa y Jules sobre la posibilidad de emparejar a Sophia con Fisher.

Sophia es para Fisher. No para mí.

La decepción me atenaza las entrañas e intento sacudírmela de encima mientras todos toman asiento alrededor de la mesa. ¿Cómo puedo estar decepcionado? Fisher es un tío estupendo y lo quiero como a un hermano; es el alma de la fiesta, creativo pero con cerebro para los negocios. Y, si ha-

blamos de personalidad, es justo lo opuesto a mí, así que si Jules, que es la mejor amiga de Sophia, piensa que encajaría bien con Fisher, debe de tener razón. Pues está bien, es así como debe ser: Fisher y Sophia. Perfecto.

Inspiro hondo y me siento, intentando no prestarle atención a Sophia, que se acomoda a mi lado. Dejo que hable con Fisher y escucho a medias el parloteo alrededor de la mesa. Sobre todo, me dedico a contemplar el *skyline* de Manhattan pensando en las reuniones que tengo esta semana, que son muchas, porque acabo de enterarme de que el promotor inmobiliario en el que invertí para convertir un antiguo hotel de la calle Novena en un bloque de apartamentos se ha esfumado con parte de mi dinero.

Mi trabajo consiste en invertir en los proyectos de otras personas, y eso siempre conlleva cierto riesgo, pero lo de este hombre me ha sorprendido. De cualquier forma, la calle Novena tiene mucho potencial y al final no me saldrá muy caro: el edificio es mío y él va a perder sus acciones en el proyecto porque ha desaparecido y me ha robado. El problema es que no puedo perder el tiempo en idear un nuevo plan porque ya tengo bastante con todo lo demás.

—¿Worth? —Alguien pronuncia mi nombre y me arranca del curso de mis pensamientos. Al darme la vuelta veo a Sophia mirándome con esos deslumbrantes e increíblemente seductores ojos azules. Sonríe al darse cuenta de que no tengo ni idea de lo que acaba de preguntarme—. Por favor, ¿podrías pasarme la mantequilla?

—Mantequilla —repito, pero no me muevo. No soy capaz. Es como si su mirada me hubiera dejado petrificado. Se ríe, y es un sonido tan dulce que no puedo evitar sonreír—. Mantequilla. —Me obligo a apartar la mirada el tiempo suficiente como para encontrar el platito, y lo dejo junto a ella sin atreverme a mirarla.

Fisher y Sophia.

Pero esta vez no puedo desconectar: esta vez soy muy consciente de cada vez que se mueve o habla, como si estuviera sintonizado con su frecuencia y no pudiera hacer nada porque mi dial está estropeado. Solo puedo atender a todo lo que hace la mujer sentada a mi lado.

—¿De verdad vas a esperar dos años a esa que esta azotea esté lista para casarte con tu prometida? —le pregunta Sophia a Leo.

—Buena pregunta —respondo—. Aunque apostaría a que Leo hará lo que quiera Jules, sea lo que sea.

Sophia vuelve a reír y yo quiero coger mi teléfono y grabar ese sonido para reproducirlo una y otra vez cuando regrese a casa esta noche.

—Es lo que haría un tío sensato —aprueba Bennett.

Jules y Leo se ponen a hablar de planes de boda; me alegro mucho por ellos. Los dos son muy buenas personas y están hechos uno para el otro, y son mejores juntos que separados. Miro a Fisher y a Sophia. ¿Diré lo mismo de ellos? La idea me rechina como si hubiera metido la llave equivocada en una cerradura.

Sophia se vuelve hacia mí.

—¿Y qué me dices de ti, Worth? ¿Eres uno de esos tíos tranquilos que solo hablan cuando tienen algo que decir?

Frunzo un poco el ceño, incapaz de decidir si es mi oportunidad para impresionarla o si debería decir algo para que me mire mal y se centre en Fisher, el tío que su mejor amiga piensa que es perfecto para ella.

—No lo tengo muy claro —respondo, decidiéndome por la neutralidad—. Creo que debería conocer todas las opciones antes de comprometerme con una respuesta.

—¡Ah! —exclama ella—. Entonces, te da miedo el compromiso...

No diría lo mismo si supiera todo lo que he pensado de ella desde el primer momento en que la he visto.

—Hasta ahora he vivido el miedo al compromiso en silencio —respondo—. ¿Hay más opciones? —Sonrío, y ella se sonroja.

—He sido muy grosera —responde—. Lo siento.

—No —sacudo la cabeza—, soy yo quien lo siente. Lo último que querría es que pensaras que eres cualquier cosa menos perfecta. —La palabra me deja sin aliento y se repite sin cesar en mi mente; *perfecta, perfecta, perfecta...*—. Solo intentaba alargar la conversación. He pensado que, si no te respondía, charlaríamos un poco más.

Una sonrisa se dibuja en sus labios y levanta un poco la barbilla.

—Eso ha sido muy bonito.

Asiento.

—Es la verdad.

—Worth siempre dice la verdad —interviene Leo desde el otro lado de la mesa, acabando con nuestra conversación privada.

—¿Siempre? —Sophia entrecierra los ojos, desafiante.

—No —confieso.

—Claro que sí —protesta Leo, un poco cortante.

—Nadie puede decir siempre la verdad. Es imposible —le respondo a Leo, que está atendiendo a lo que dicen Fisher y Jules. Se están riendo de algo, pero a mí solo me interesa la atención de Sophia.

—¿Cuál es la última mentira que has dicho? —pregunta.

Inspiro hondo y me reclino en el asiento.

—Alguien que trabaja para mí me entregó un informe y le dije que había hecho un gran trabajo.

—¿Y no era así?

—No. No pasaba de correcto, pero era la primera vez que hacía algo así y no quería desalentarlo, así que mentí.

—Solo exageraste un poco.

Hemos bajado la voz y Sophia ha movido la silla un poco, así que nos hemos aislado un tanto del resto de la mesa y solo podemos oírnos el uno al otro.

—¿Y tú? ¿Cuál fue la última mentira que dijiste?

¿Que Fisher te pareció atractivo cuando Jules te mostró una foto de su Instagram?, pienso para mis adentros. No tengo ni idea de si Jules le ha mostrado esa foto o no, pero está claro que intenta fomentar una relación entre Fisher y Sophia.

—Le dije a mi madre que estaba deseando ir a Cincinnati el próximo fin de semana.

Quiero saber más; quiero saberlo todo. ¿A qué universidad fue? ¿Cuándo se mudó a Nueva York? ¿A qué se dedica? ¿Qué películas le gustan?

Inspira hondo, Worth. Relájate una puta vez.

—¿No te apetece ir?

Ella lo piensa unos segundos.

—Sí, pero el próximo fin de semana no.

—¿Y tienes que hacerlo?

Ella niega con la cabeza.

—No, pero mi madre me pidió que fuera, y jamás me pide nada.

Asiento. Entiendo que te sientas obligado a cumplir con la familia, pero no puedo evitar preguntarme si Sophia cree que su madre va a darle malas noticias. Tal vez tiendo a suponer lo peor, pero me da que, si su madre le pide que vuelva a casa, es porque hay una razón, y es poco probable que sea para celebrar que ha pintado la valla de su jardín. De cualquier modo, si ella no se ha dado cuenta, prefiero no sacar el asunto; lo último que me apetece es generarle ansiedad; tarde o temprano se enterará.

—¿A qué te dedicas? —pregunto, intentando cambiar de tema.

—Trabajo para Saks —responde—. En el departamento financiero. Es aburridísimo, pero me hacen buenos descuentos.

Me río y la sorprendo mirándome como yo la miraba cuando se ha sonrojado, como si yo la fascinara. O quizá sean imaginaciones mías. Fisher ni siquiera presta atención a nuestra charla, y sé que no está muy interesado en Sophia porque, si así fuera, ella ni siquiera habría tenido la ocasión de pedirme que le pasara la mantequilla. Es encantador cuando le gusta una mujer, y en absoluto sutil.

—¿Y tú? ¿Cómo te ganas la vida? —inquire.

—Invierto en *start-ups* y pequeñas empresas.

—¿Eres un héroe de los negocios? —Alza un poco la voz y baja la barbilla, lo que hace resaltar sus labios carnosos.

Es increíblemente encantadora.

—Creo que jamás me habían llamado héroe antes.

Enarca las cejas y yo me muero por acariciarle el cuello y besarla en la frente. ¿Qué le pasa?

—Águila —ríe—. Quería decir un águila en los negocios.

—Héroe, águila, Worth... Puedes llamarme como quieras —replico, incapaz de no flirtear un poco.

Se queda sin aliento y se muerde el labio. No puedo apartar la mirada, aunque debería.

Es para Fisher, no para mí.

No debería ser tan transparente y demostrarle que me atrae. Yo no así; soy tranquilo, considerado y meditabundo... Pero no sé qué tiene esta mujer que hace que me olvide de todo eso y me convierta en... No sé en qué.

—¿Te gusta tu trabajo? —pregunta.

—Pues sí —respondo, aunque no quiero aburrirla con los detalles. Ha dicho que trabaja en finanzas y está claro que no le entusiasma.

—Cuéntame por qué. ¿Es tu vocación? ¿Lo haces por hacer o porque se te da bien?

Lo medito un instante, preguntándome si solo está siendo educada o si de verdad quiere saberlo. Abre los ojos de par en par y ladea la cabeza, respondiendo a la pregunta que no he llegado a formular.

—Por muchas razones. Me gusta conocer a gente muy distinta, evaluarla y averiguar si tienen lo que hace falta para triunfar. Me gusta escuchar ideas innovadoras y soluciones a problemas que ni siquiera sabía que existían. Me gusta detectar problemas en los negocios que la gente intenta crear y contribuir a solucionarlos. Me gusta... ayudar.

Nos miramos sin decir palabra durante unos segundos.

—Nunca había escuchado a nadie hablar así de su trabajo —comenta Sophia al fin.

—¿Así cómo?

—Como si te encantara. Como si fuera la pasión de tu vida. Como si fuera parte de quien eres.

—¿En serio?

Ella asiente y sus largas pestañas le rozan las mejillas cuando parpadea.

—Es... No sé, me gusta.

Me inunda una oleada de calidez. Jamás podría aburrirme de esta mujer. Soy vagamente consciente de que esta conversación no debía de ser lo que Jules tenía en mente, pero no me siento capaz de hacer lo que haría normalmente: anteponer los sentimientos de Jules a los míos y participar en la conversación del grupo. Me encanta tener a Sophia toda para mí.

—Me alegro —digo.

—Es la verdad.

Jules levanta un poco la voz —dice algo sobre la terraza— y eso llama la atención de Sophia. El hechizo se rompe y los dos prestamos atención al grupo. Por primera vez en mi vida, me molesta la presencia de mis amigos. Aunque no debería ser así: sin ellos no habría conocido a Sophia.

—No quiero un bodorrio impresionante ni nada por el estilo. No quiero que se convierta en una reunión de negocios, y, si montamos una gran boda, te vas a sentir obligado a invitar a la gente del trabajo.

—Pues deberíais celebrar una boda fuera de aquí —sugiero, como si no hubiera estado distraído durante todo el *brunch* por culpa de la mujer que tengo a mi lado—. Así resolveríais todos los problemas.

—En realidad no —responde Sophia—. También hay invitados en esas bodas. —Tiene razón. Por supuesto que sí.

—Una boda improvisada fuera de aquí —ofrece Fisher, y me esfuerzo por no demostrar que me irrita que haya encontrado la solución al problema que Sophia le veía a mi propuesta.

Quizá sí estén hechos el uno para el otro y lo que yo siento por ella ahora mismo en mis entrañas en realidad sea una intoxicación alimentaria o algo así...

—¡Las Vegas! —corean todos alrededor de la mesa, aprobando la sugerencia de Fisher. Bien por él.

Pasamos entonces a discutir sobre si volar a Las Vegas hoy mismo o el próximo fin de semana. Después de comprobar el calendario y de que Bennett se ponga en contacto con Byron, se acuerda que el fin de semana siguiente quedaremos para almorzar y que eso podría convertirse en una boda improvisada

—Ay, Dios, no —se queja Sophia. Me vuelvo hacia ella, preguntándome dónde está el problema—. El próximo fin de semana estaré en Cincinnati.

—¿En serio? —se queja Jules—. Pero si Acción de Gracias es dentro de un par de semanas... Normalmente no vas a casa tan a menudo.

Creo que nunca he estado en Cincinnati. Quizá debería visitarla. Ahí es donde creció, donde le pusieron ortodoncia,

donde dio su primer beso. Sonríó para mis adentros. Me encantaría ver una foto suya de cuando era más joven.

—Ya lo sé —responde—. Pero mi madre nos ha pedido a todos que vayamos, y, como nunca lo hace, pues vamos a ir. Bueno, Oliver ya está allí, pero Noah y yo iremos.

—¿Es por tu padre?

—No tengo ni idea. Pero no podré asistir al *brunch* el próximo fin de semana —se lamenta—. Lo siento.

Me pregunto si podría conseguir un avión que la llevara de Cincinnati a Las Vegas y viceversa.

—Pues el siguiente, entonces —anuncia Jules, frenando mis planes—. Así tendré más tiempo de encontrar el vestido.

Todos revisan las agendas y, al fin, se acuerda que dentro de dos semanas Bennett nos llevará a todos Las Vegas y Leo y Jules se casarán.

Y yo solo puedo pensar en que voy a tener que esperar dos semanas para volver a ver a Sophia.

2

SOPHIA

Cuanto más me alejo de Nueva York, más nerviosa me pongo. Tampoco es que no me apetezca regresar a casa, no es eso. Quiero a mi familia. Mi infancia en Cincinnati, Ohio, fue perfecta. Mis dos hermanos mayores me adoran, mi madre aún hace galletas los sábados y trabaja en la biblioteca tres días a la semana, y mi padre era, es y siempre ha sido mi mejor amigo. Siempre ha trabajado muy duro para que no nos faltara de nada, e incluso ahora que sus hijos son mayores sigue viajando mucho por trabajo. Pero cuando estaba en casa tenía el mejor padre del mundo.

Es solo que me encanta Nueva York. Me encanta que todo esté siempre cambiando y que siempre encuentres una historia a la vuelta de la esquina. En Cincinnati no importa cuánto tiempo pase entre mis visitas, todo sigue siempre igual.

No sé por qué esta vez es distinto, incómodo, pero cuando doblo la esquina de Silver Streak con el coche, se me acelera el pulso. Inspiro hondo para evitar lo que parece un ataque de pánico que no sé a qué se debe. Me encanta mi hogar. Sacudo la cabeza y aparco el coche frente a la casa en la que crecí. Quizá sea el mal de altura o algo así. Cuando haya deshecho la maleta, Oliver me haya dicho que parezco más vieja y yo lo haya amenazado con darle un rodillazo en la entrepierna, todo irá bien. Será como si fuéramos

mos de nuevo adolescentes y tras una hora todo habrá vuelto a la normalidad.

El coche de mi madre es el único que hay aparcado en el camino; mi padre debe de estar de viaje. Me pregunto si le costará quedarse en un sitio mucho tiempo cuando se jubile.

Cuando cierro de golpe la puerta del coche de alquiler, mi madre aparece en la entrada, radiante. Lleva el delantal azul con volantes que le hice por Navidad, cuando yo tenía once años; no sé cómo no se ha deshecho aún de él. Debajo lleva unos vaqueros y el jersey rosa con corazones rojos que compré las Navidades pasadas.

Cojo el bolso del asiento trasero y voy junto a ella.

—Hola, cariño. —Levanta la cabeza y veo que sus ojos están brillantes, o vidriosos, no sé; me da un abrazo.

—Hola, mamá.

Me estrecha entre sus brazos un poco más de lo normal, y dejo caer la bolsa para el fin de semana para corresponder al abrazo. Regreso tres o cuatro veces al año para los cumpleaños y las vacaciones, pero ahora estoy aquí porque mi madre me lo ha pedido, porque me ha dicho que hacía mucho tiempo que no me veía. En ese momento no se me ocurrió, pero al estar aquí, abrazándola durante tanto tiempo, me doy cuenta de quería que viniera por una razón concreta, y el alivio temporal que me había dado el nudo de ansiedad en mis entrañas termina abruptamente.

—Me alegro de tenerte aquí —dice.

—¿Va todo bien? —pregunto.

—Por supuesto, cariño. Tus hermanos ya están dentro y yo... —La interrumpe el sonido del temporizador del horno, y ríe—. Yo estoy a punto de sacar unas galletas del horno.

Noah aparece en la puerta y coge mi bolsa justo cuando estoy a punto de agacharme para hacerlo yo.

—La llevaré arriba. —Me da un beso en la mejilla.

Me encojo de hombros, un poco desconcertada por la amabilidad con la que se está comportando.

—Vale, gracias.

Miro a mi madre, pero ella se limita a enarcar las cejas.

—Debe de estar madurando... Hubo un tiempo en que, si lo hubieras dejado solo con esa bolsa, estaría llena de babas cuando la volvieras a ver.

—Aun así, tampoco me sorprendería si tuviera arriba un cubo de babas.

Se ríe y me lleva a la cocina. Está igual que la última vez que vine para el cumpleaños de Noah, en agosto: bonitas cortinas de cuadros verdes en la ventana, paredes amarillas y armarios cada vez más desconchados. Incluso sigue ahí el mismo jarrón de gerberas, sobre la encimera. Recuerdo perfectamente que pensé en mi última visita que eran nuevas y lo bonito que era que mi padre todavía le comprara flores a mi madre. Alargo la mano para acariciar los pétalos y me doy cuenta de que no son de verdad. Vaya, pensaba que eran frescas.

—¿Dónde está papá? —pregunto.

Ella saca una bandeja de galletas y la desliza sobre la encimera.

—Huelen genial. Esta vez las he hecho con coco.

Oliver aparece y se dirige a la nevera, de donde saca una cerveza.

—¿Quieres una? —La abre y me la ofrece.

—Claro, gracias. —Cojo la botella.

—Yo también quiero una —dice mi madre.

Oliver y yo cruzamos la mirada; mi madre no bebe nunca, salvo una copa de champán en Año Nuevo y un vaso de vino en su cumpleaños y en Navidad.

—¿Quieres una cerveza? —se sorprende Oliver cuando le tiendo la mía a mi madre; ella se limpia las manos en el delantal, coge la botella y le da un trago.

Mierda, ¿es eso lo que nos va a decir? ¿Que tiene un problema con el alcohol?

—Mamá... —Me hace callar antes de que pueda preguntarle si está a punto de inscribirse en el programa de doce pasos.

—¿Os estáis emborrachando? —pregunta Noah, apareciendo de la nada. Si un día descubriéramos que trabaja para la CIA, no me sorprendería nada; se lleva bien con todos, pero ninguno lo conocemos de verdad. Me da un abrazo, me acaricia el pelo como si fuera una mascota y yo lo empujo.

—Vamos, niños —nos llama mi madre—. Sentémonos. —Se quita el delantal y toma asiento ante la pequeña mesa blanca de la cocina. Hoy hay sillas para todos, ya que mi padre no está. Cuando es así, siempre hay una lucha a muerte para no tener que sentarnos en el taburete. La solución obvia habría sido una quinta silla, pero él está tan pocas veces para la cena que nunca nos pareció que mereciera la pena comprar otra.

Mamá saca la carta de una pizzería. Noah coge una cerveza de la nevera y todos nos sentamos a la mesa.

—He pensado en pedir pizza. Un capricho. Me alegro de que estéis todos en casa.

Miro a mis hermanos para ver si esa sugerencia les parece tan rara como a mí. A veces pedimos pizza, pero la primera noche que estamos en casa nuestra madre siempre cocina.

—Me alegro de estar en casa, mamá —dice Oliver, que está sentado frente a mí—. Yo quiero una de *pepperoni*.

A Oliver no parece raro que no cocine. A mejor no lo es y solo soy yo, que le estoy dando demasiadas vueltas a todo.

Me descargo una aplicación de reparto en el móvil y hago el pedido. Mi madre insiste en que nos lo confirmen porque la única vez que encargó algo a través de una *app* la pizza no llegó. Le muestro la confirmación y asiente.

—Tengo una noticia —anuncia, como si lo tuviera programado en la agenda justo después de llamar a sus hijos, tomarse una cerveza y pedir pizza.

Ya sabía yo que algo iba mal.

—¿Qué pasa? —pregunta Oliver.

—Vuestro padre y yo vamos a divorciarnos —responde como si tal cosa.

Cuando mi cerebro procesa por fin esa frase, Oliver se cae de la silla y se golpea la cabeza con la cesta de patatas que hay junto al frigorífico. Es todo un deportista; no tengo ni idea de cómo ha podido caerse así. Mi madre y Noah lo ayudan a levantarse.

—Mierda, ¿estás bien? —pregunto.

Se rasca la nuca y asiente. Todos volvemos a nuestros asientos y miramos fijamente a nuestra madre, sin saber muy bien si está bromeando.

—¿Hablas en serio? —dice Oliver.

—Sí —responde mi madre—. Ya va siendo hora de que empiece a trataros como los adultos que sois. Me voy a divorciar de vuestro padre.

¿Qué tiene que ver que seamos adultos con que se divorcie de mi padre? ¿No nos tiene que afectar porque somos mayores de edad?

—¿Y qué opina papá de todo esto? —quiere saber Oliver.

—No sé, no he hablado con él desde que lo llamé para decírselo.

Suelto un jadeo estrangulado.

—¿Se lo has dicho por teléfono? —Mi madre siempre es muy empática, y no le pega nada que no le haya dado la noticia cara a cara—. ¿Qué te ha dicho?

Se encoge de hombros.

—No me acuerdo muy bien...

¿No se acuerda? ¿Cómo es posible?

—Pero ¿él quiere el divorcio? —insiste Noah con una voz tranquila que significa que intenta mantener a raya sus sentimientos. Cuanto más se enfada, más tranquilo parece.

—No lo sé —suspira mi madre—. Hace mucho que no sé lo que quiere vuestro padre. No estoy segura de haberlo sabido nunca.

La ansiedad ha regresado: me cuesta respirar y me siento mareada. ¿De qué habla?

—Pero ¿por qué? ¿Por qué después de tantos años?

—Es una nueva etapa —dice, ladeando la cabeza y mirándome con expresión compasiva—. Un nuevo capítulo.

—Pero tiene que haber un motivo —interviene Noah.

Mamá baja la mirada y juguetea con la etiqueta de la botella.

—Quería que tuvierais la mejor infancia posible, los mejores recuerdos, el hogar más acogedor. Espero haberlo conseguido, y vuestro padre también... —Se detiene un instante y se encoge de hombros—. A su manera.

—Claro que sí —digo, y miro a mis hermanos para instarlos en silencio a que se muestren de acuerdo conmigo. Tal vez, si somos lo bastante efusivos al hablar del pasado, podría cambiar de opinión y no romper la familia—. No cambiaría nada. Todos mis recuerdos son geniales.

—¿En serio? —pregunta mi madre—. ¿De verdad no cambiarías nada?

—Bueno, me habría gustado que papá no tuviera que trabajar tanto y que pasara más tiempo en casa, pero así es la vida, ¿no?

—Eso no impidió que tuviéramos la mejor infancia del mundo —apunta Oliver.

Miro a Noah, como obligándolo a que se muestre de acuerdo y anime a mi madre a no pedir el divorcio, pero él tiene la mirada fija en ella.